

# LA RELACIÓN ESTRATÉGICA ENTRE RUSIA Y TURQUÍA

Carlos ECHEVERRÍA JESÚS  
Profesor de Relaciones Internacionales de la UNED



USIA y Turquía son hoy dos Estados que, a pesar de contar con un pasado plagado de tensiones entre ambos, contribuyen en Oriente Próximo y Medio a definir algunas de las respuestas que en términos de presente y futuro aparecen como más sólidas y creíbles. Los imperios ruso y otomano mantuvieron durante siglos un pulso en el Mediterráneo Oriental y en las estribaciones del Cáucaso y Asia Central, que se vio eclipsado en la historiografía occidental por los sostenidos por otros imperios, como el español o el austrohúngaro con los otomanos en suelo de Europa Occidental y aguas del Mediterráneo. Pero es preciso evocar en la introducción de este artículo estas tensiones porque su objeto de estudio está centrado en encuentros y desencuentros ruso-turcos producidos en años recientes y en las perspectivas del futuro más inmediato.

## **Rusia como llave energética y su compleja relación con Turquía**

Siendo Rusia el primer productor mundial de gas natural y el segundo de petróleo, y Turquía un país necesitado de tales recursos energéticos para su desarrollo, la vecindad entre ambos ha sido en esta dimensión importante y es previsible que lo siga siendo en los próximos años. Aunque Rusia exporta gas y petróleo a través de Europa Central y Septentrional, tanto por el oleoducto terrestre Druzhba (Amistad), que atraviesa Ucrania y Bielorrusia, como por el gasoducto Nord Stream, que discurre por el lecho del mar Báltico, la llave de acceso a sus clientes por Europa Meridional ha encontrado tradicionalmente a Turquía como país de tránsito y complejo interlocutor para diseñar futuras estrategias de exportación.

Al desintegrarse la Unión Soviética en diciembre de 1991, las estrategias de Turquía y de la emergente Rusia hubieron de tener en cuenta tanto los

dramáticos cambios producidos en general como la multiplicación de los actores estatales en la región en particular. La independencia de los tres Estados del Cáucaso —Armenia, Azerbaiyán y Georgia— hizo mucho más compleja la situación, en particular en relación con Azerbaiyán que, como importante productor de hidrocarburos, pasaba a ser cortejado por diversos Estados a través de complicadas estrategias en las que se introducía Turquía, con lo que veía reforzado su papel regional en el marco de un nuevo «Gran Juego» que le ubicaba como país de tránsito para un polémico oleoducto —el Bakú-Tiflis-Ceyhan (BTC), en servicio desde 2005— y un comprometido gasoducto —el Bakú-Tiflis-Erzurum (BTE), operativo desde 2006— que, procedentes ambos de Azerbaiyán, se construyeron a partir de la segunda mitad de los noventa para abastecer a Occidente, evitando pasar por Rusia.

Consolidada esa provocadora injerencia de Occidente —desde la perspectiva rusa— en su bajo vientre, en la que Turquía habría jugado un papel protagonista con los tendidos desde Azerbaiyán, Rusia intentaría en la década siguiente poner obstáculos a lo que parecía una arrogante expansión occidental hacia el este, que incluía frenar lo que entonces se calificó como las Revoluciones de Colores, simultaneadas con la expansión de la Unión Europea (UE) hacia el este: diez Estados en 2004, de los que ocho pertenecían a los antiguos Países de Europa Central y Oriental (PECO) y dos más en 2007 (Rumanía y Bulgaria). Para frenar dicha expansión, Rusia aplicaría medidas cada vez más dramáticas, que incluyeron la reducción del abastecimiento energético en pleno invierno a Ucrania y a algunos países occidentales, en 2006 y 2009, y la Guerra en Georgia en 2008. La transición de esta década a la siguiente vendría marcada por otros acontecimientos, siempre percibidos por Rusia en negativo: las Revueltas Árabes.

## **Las Revueltas Árabes, la Guerra en Siria y sus consecuencias**

Si Rusia había vivido con preocupación las Revoluciones de Colores —en escenarios que iban desde Ucrania (Revolución Naranja) hasta Kirguistán, pasando por Georgia (Revolución de las Rosas)—, el estallido de las Revueltas Árabes desde el otoño de 2010 no haría sino acrecentar la inquietud de Moscú y confirmar que era una gran campaña de desestabilización, alimentada como la anterior desde Occidente, que contribuía a alterar en negativo su entorno más o menos inmediato. Elemento agravante fue en esta ocasión el hecho de que Turquía pasaba a jugar un papel proactivo de la mano del presidente Recep Tayyip Erdoğan, en el poder desde 2002, animando dichas Revueltas Árabes.

Si el papel turco preocupaba al Kremlin en escenarios como Libia o Egipto, más lo haría cuando Ankara se posicionó como dinamizador de las revueltas en Siria, país considerado desde antiguo como firme aliado de

Rusia, y antes de la Unión Soviética, en el Mediterráneo Oriental y en Oriente Medio.

Aunque estos primeros movimientos turcos, cada vez más visibles entre 2012 y 2014, no impidieron que Rusia y Turquía llegaran incluso a diseñar un reforzamiento potente de sus relaciones bilaterales —con su epicentro en diciembre de 2014 cuando el presidente Vladímir Putin de visita en Ankara ofrecía, entre otras cosas, una central nuclear de tecnología rusa a construir en Mersin—, diversos acontecimientos irían llevando a un incremento de la tensión entre ambas capitales. Pero eso vendría más tarde, pues a fines de 2014 Rusia quería agradecer a Turquía no haberse sumado a las sanciones dinamizadas por los Estados Unidos, que tenían por objetivo castigar a los rusos por haberse anexionado la península ucraniana de Crimea.

En su visita a la capital turca, Putin había anunciado la suspensión del proyecto South Stream, un ambicioso gasoducto que de haberse construido hubiera permitido vincular por el sur a Rusia con Europa Occidental, como por el norte lo hace el Nord Stream, hoy en vías de ampliación. Si el septentrional permite abastecer de gas ruso a Europa Occidental a través del mar Báltico, evitando como país de tránsito Ucrania, el South Stream hubiera abastecido, a través del mar Negro, a clientes de Europa Occidental, evitando en este caso no solo a Ucrania sino también a Turquía, pues su tendido cuando se iniciaron las obras en diciembre de 2012 iba a conectar el puerto ruso de Beregovaya con el búlgaro de Burgas. La suspensión del South Stream beneficiaba a Turquía, habiendo prometido Putin durante su visita la construcción de un nuevo gasoducto —el Blue Stream—, que conectaría Rusia con Grecia y con otros clientes de la UE a través de Turquía (1) Rusia estaba empeñada en aquellos momentos en frenar el proyecto occidental de gasoducto meridional, el Nabucco, aunque este ya se venía viendo amenazado por el efecto combinado de un menor consumo energético en la UE, como consecuencia de la crisis económica que estallara en 2008, y por la posibilidad de incluir en dicho tubo en proyecto gas iraní, escenario que creaba fisuras entre los países occidentales.

No hay que perder de vista que la creciente tensión ruso-turca en años recientes se ha venido produciendo no solo por la injerencia cada vez más visible de Turquía en Siria, sino también al incorporar al análisis el telón de fondo de la hostilidad cada vez más aguda entre Rusia y Occidente. En dicho telón de fondo Turquía era y es percibido en su calidad de miembro de la OTAN y de componente activo del escudo antimisiles que diseñó la Administración Obama y que ha heredado y sigue consolidando el Gobierno Trump. Rusia en esos años quiso frenar el avance hacia el este de la OTAN y de la

---

(1) ECHEVERRÍA JESÚS, C.: «South Stream: el gasoducto fallido de Putin», *Estudios de Política Exterior-Digital*, 9 de diciembre de 2014, 2 pp.

UE, en un esfuerzo que tuvo su momento álgido en la guerra en la región oriental ucraniana del Donbass, desde 2013, y en la posterior anexión rusa de Crimea al año siguiente. Tal proceso tendría como escenario latitudes del mar Negro, cuenca interior compartida, entre otros, con Turquía, como cinco años antes lo habría sido también en el contexto de la guerra ruso-georgiana de 2008.

Cuando Putin habló ante la Asamblea General de la ONU el 25 de septiembre de 2015 en el 70.º aniversario de su fundación y en una tribuna en la que no comparecía desde el 2005, lo hacía pocos días antes de que su país interviniera militarmente en Siria, aunque nada dijo en su discurso que permitiera prever tal acto. Destacó en su discurso la necesidad de realizar un esfuerzo común contra el terrorismo yihadista y ponía sobre la mesa la creación de un Centro de Coordinación Antiterrorista en Moscú. La participación de Irán, Siria y del Irak dominado por los chiíes en dicho Centro de Coordinación representaba todo un desafío para Turquía, que ya era por entonces uno de los paladines del esfuerzo suní, y por tanto antishií, en la región.

Entre 2015 y 2018 habrá momentos de tensión, pero también otros de acercamiento entre ambos países, y la descripción de algunos de ellos nos permitirá enmarcar una relación actual caracterizada por el pragmatismo de ambos actores.

Una Rusia que definía unas ambiciosas relaciones estratégicas con Turquía a fines de 2014, que pasaba a vivir un enfriamiento entre 2015 y 2016 y que tras el fallido golpe contra Erdoğan de julio de 2016 daba paso a un reencuentro entre dos líderes duros y criticados desde Occidente, es la que acaba vendiendo sistemas de defensa aérea S-400 a una Turquía que sigue siendo miembro de la OTAN, que se está beneficiando del apoyo de sus aliados con baterías Patriot desplegadas en la frontera con Siria —en algunos momentos por España— y que ahora planea comprar cazas *F-35* a los Estados Unidos.

Turquía fue, además, el país que entre 2015 y 2016 alimentó el tránsito de cientos de miles de migrantes —no solo sirios, sino también iraquíes y afganos— que penetraron de forma caótica en la UE a través de la ruta de los Balcanes Occidentales, ruta que Turquía no contribuiría a cerrar, o al menos a obstaculizar, hasta obtener un generoso Acuerdo que la Unión firmó con dicho país en el mismo 2016.

El derribo por parte de Turquía de un caza *Su-24* ruso cerca de la frontera sirio-turca, en noviembre de 2015, marcó sin duda un momento de tensión bilateral, pero el mismo no condujo a un enfriamiento entre ambos países, que asumen que su papel en este escenario es obligado y debe de ser sostenido. Rusia, desde que lanzara su intervención en septiembre de 2015, ha contribuido a reconducir la situación en términos de consolidar en el poder a Bashar al-Ásad, y en dicho proceso y habiendo establecido zonas de denegación de acceso aéreo a estadounidenses, israelíes y turcos ha sabido también interac-

tuar con dichos países para evitar escaladas, aprovechar para mostrar y utilizar sus sistemas de armas e incluso para convertirse en abastecedor de algunos de estos —el S-400, por ejemplo— a un miembro de la OTAN como es Turquía, esto último toda una hazaña (2).

En 2018, sin expectativas de un final próximo a la guerra feroz en suelo sirio, Turquía formaba parte de una aproximación *ad hoc*, y en buena parte *contra natura*, pues en la misma se encuentran Rusia y Turquía con Irán en lo que se denominará en adelante el Proceso de Astaná, por ser la capital de Kazajistán uno de los escenarios, junto con la localidad rusa de Sochi, de los encuentros entre estos tres Estados, que pasan progresivamente a reemplazar a los Estados Unidos y a otros países occidentales en todo lo referente a la gestión del conflicto y a la definición de fórmulas de solución al mismo.

Entre entonces y la actualidad, con los Estados Unidos en repliegue, Turquía y Rusia seguirán sacando beneficio de la coyuntura. El anuncio del presidente Trump fue en efecto bienvenido, pues con ello Ankara veía más próximo el debilitamiento de las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), en cuyo seno el componente fundamental son las Unidades de Protección Popular (YPG), formadas por kurdos sirios, y Rusia conseguía incrementar su papel regional (3). Frente a tal escenario, en el contexto de la eliminación del último bastión del Estado Islámico (EI) en Siria, el comandante de las FDS, Mazloum Kobani, en Al-Baghuza Fawqani en marzo de 2019, llamaba a los turcos a retirarse de sus posiciones en Afrin y pedía al presidente Al-Ásad un reconocimiento de la autonomía kurda (4).

Turquía no ha logrado su objetivo más ambicioso en los primeros años de guerra en Siria —el derrocamiento del régimen de Al-Ásad y la instauración de sus aliados islamistas en el poder en Damasco—, pero en la primavera de 2019 sí ha conseguido al menos mantener su influencia en la región de Idlib, de unos 5.000 kilómetros cuadrados del noroeste sirio, donde se encuentran desplegados yihadistas varios, incluidos los de Al Qaeda, a través del grupo Hayat Tahrir al-Sham, que mantienen a raya a los kurdos sirios; también ha conseguido debilitar a las YPG en el este del Eúfrates con el anunciado repliegue estadounidense y encapsular a los kurdos sirios en el cantón de Afrin, de 2.000 kilómetros de extensión. Pero donde Turquía puede seguir teniendo presencia y ejercer presión es en Jarabulus y Azaz, dificultando su interacción con los kurdos del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK). El deseo

---

(2) WEISS, Andrew S., y NG, Nicole: «Collission, Avoidance: The Lessons of US and Russian Operations in Syria», *Carnegie Endowment for International Peace*, 20 de marzo de 2019.

(3) BAHOUT, Joseph: «Trump Leaves Syria. What Happens Next?», *Carnegie Endowment for International Peace*, 20 de diciembre de 2018.

(4) AYESTARÁN, Mikel: «Termina la batalla contra el califato, sigue la guerra al Estado Islámico», *Diario de Navarra*, 24 de marzo de 2019, p. 7.

turco una vez el repliegue estadounidense se consolide es crear un cordón sanitario, algo a lo que Rusia contribuirá o, cuando menos, no se opondrá.

La retirada estadounidense se producirá así permitiendo un mayor protagonismo a un aliado tan especial como es Turquía, al que está en vías de vender cazas F-35, pero con el que las relaciones distan de ser fáciles. Erdoğan considera que ni los Estados Unidos ni los demás aliados de la OTAN le demostraron un apoyo firme a su liderazgo durante el golpe de julio de 2016; reprocha a Washington que no facilite la extradición del líder Fethullah Gülen —que vive en Pensilvania—, critica también que la justicia estadounidense haya llegado a confiscar bienes de sus ministros de Interior y de Justicia, denuncia que la Administración Trump le aplique aranceles al acero y al aluminio turcos y, sobre todo, que haya reforzado a las YPG kurdas. La elaboración de tal lista de agravios lleva a Turquía a plantearse la búsqueda de lo que Erdoğan llegó a calificar en 2018 de nuevos aliados, entre los que ocupa una posición preferente Rusia (5).

Esta, por su parte, y en relación siempre con sus interlocutores más que aliados en la fórmula *ad hoc* de Astaná, se ve obligado a interactuar con Irán y con sus intereses en el terreno, asumiendo que —aparte de consolidar su presencia militar en las bases navales de Tartus y Latakia y en la base aérea de Khemimim, y en su apoyo a unidades como la VIII División, reforzando el círculo de poder del presidente Al-Ásad— Moscú tratará de liderar los grandes proyectos de reconstrucción económica y de reestructuración política y administrativa del país árabe. Teherán, por su parte, ha tejido en todo este tiempo sólidos vínculos con Maher al-Ásad, hermano menor del presidente y jefe de la poderosa IV División Acorazada y de la Guardia Republicana, pero tendrá que rivalizar con la susodicha consolidación rusa y con la emergente presencia de otros países en el escenario posbélico sirio, tal y como la reentrada en el país de los Emiratos Árabes Unidos (EAU) está poniendo de manifiesto.

La Cumbre celebrada en Estambul el pasado 27 de octubre, que reunía a los presidentes Erdoğan, Putin y Emmanuel Macron y a la canciller Angela Merkel, a la que también acudió el enviado especial de la ONU para Siria, Staffan de Mistura, entre otros líderes, puso claramente de manifiesto quiénes llevan el timón en relación con el futuro de Siria. Aunque estuvo ausente del encuentro la República Islámica de Irán, todas las partes reconocen la importancia presente y futura de este influyente país. De hecho es el Proceso de Astaná y no el de Ginebra (ONU) el que hoy por hoy se muestra como determinante, y los movimientos de sus tres protagonistas son los que deben ser seguidos cuidadosamente en cualquier análisis estratégico de futuro que se precie.

---

(5) «Erdoğan advierte a Trump de que buscará nuevos aliados», *Diario de Navarra*, 12 de agosto de 2018, p. 8.

## Conclusiones

Rusia tiene en relación con Turquía puntos de encuentro y de discrepancia, pero ambos países están condenados a entenderse, como también lo están Estados Unidos y Turquía, como aliados dentro de la OTAN y por el valor estratégico del segundo, algo a lo que, históricamente, sus dirigentes han sabido sacar partido. Condenados a entenderse y debido a los intereses entre Rusia e Irán, por un lado, y entre Rusia y Turquía, por otro, están los tres miembros del Proceso de Astaná, marco que permite que representantes de dos dimensiones del mundo islámico en agudo proceso de enfrentamiento, suníes y chiíes, puedan formar parte de una misma fórmula que, aunque *ad hoc*, está sirviendo para construir las pocas fórmulas de enderezamiento de la seguridad en Siria que merecen consideración.

El repliegue estadounidense no consiste solo en el reciente anuncio hecho por el presidente Trump el pasado 19 de diciembre de la retirada de suelo sirio de buena parte de los 2.000 efectivos de sus fuerzas de Operaciones Especiales como consecuencia de la derrota del embrión califal del EI, sino que se refleja también en el papel marginal que Washington viene jugando en Siria en los últimos años y, por extensión, en la retirada anunciada por el presidente Trump en mayo de 2018 del Acuerdo Nuclear con Irán. Con los Estados Unidos replegándose y turcos, rusos e iraníes consolidando sus posiciones en Siria y en la región, podemos evocar de nuevo el discurso del presidente Putin ante la Sesión Inaugural de la Asamblea General de la ONU de 25 de septiembre de 2015 antes citado: en su ensalzamiento de la Conferencia de Yalta y de su fórmula de reparto de zonas de influencia entre las potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial, podemos vislumbrar una comparación entre 1945 y 2019, invocando con esa referencia histórica una alusión a la consolidación de posiciones, hoy en un escenario más reducido, pero de enorme valor estratégico, como son Siria y la región de Oriente Medio.







El *Juan Sebastián de Elcano* fondeado frente a Charleston,  
19 de abril de 2019. (Foto: Armada española).